

Figuras históricas de la Medicina giennense

J. Sillero F. de Cañete

Seminario Médico, sensible a su condición de portavoz de la cultura de Jaén en su vertiente médica, inaugura hoy esta nueva Sección destinada a la evocación de personalidades de la Medicina del Santo Reino. Profesionales que, en una u otra forma, han representado un hito; ora por sus afanes investigadores o de innovación científica, ya en atención a la ejemplaridad de su praxis. Personas ya extinguidas pero no olvidadas, incorporadas en todo caso a la historia de nuestra tierra; tratando de reflejar aquí no solamente el recuento cronológico de sus eventos y méritos personales, sino también y quizá prevalentemente el impacto que representaron en el ambiente de su tiempo: un examen del hombre y sus circunstancias, como diría Ortega.

Iniciamos hoy esta galería de médicos ilustres con la reflexión sobre una figura señera de la ciencia médica de Jaén en la primera mitad de nuestra centuria: el Dr. Eduardo Arroyo Sevilla, que es contemplado por quien mejor y con más autoridad puede hablar de él, el Dr. Gabriel Arroyo Guerrero.

Seminario Médico agradece de antemano ésta y otras colaboraciones sucesivas, esperando que la Sección que ahora principia se convierta en un referente y testimonio ejemplar para los médicos giennenses de hoy y del próximo futuro.

Un punto de partida en la Medicina clínica de Jaén. Perfil del Dr. Eduardo Arroyo Sevilla

G. Arroyo Guerrero

No intento aquí hacer una biografía. Ya lo han hecho plumas mejores y más documentadas que la mía.

Un relato sobre su persona. Aunque no puedo ser estrictamente objetivo, ya que fue hermano de mi padre y padrino de mi bautismo. Alguien a quien admiré siempre en todas sus múltiples facetas.

Sería corto el describirlo con el manido rótulo de Médico y Humanista. Fue mucho más que eso.

Nacido a finales del siglo pasado (1885) y fallecido en la segunda mitad del actual (1962). Hijo y hermano de médicos. Padre y abuelo de médicos. Toda una saga que comenzó en mi abuelo Dr. Eduardo Arroyo Ruiz, que ejerció en Torredelcampo toda su vida profesional y en donde nació mi tío. Ejerció en su pueblo natal unos años consolidando entonces los conocimientos brillantemente adquiridos en la Facultad de Granada. Y allí comenzó y desarrolló algunas de las dedicaciones que destacarían en él.

Casó muy joven con mi tía Carmen García-Triviño y algunos de sus siete hijos son nacidos en dicha ciudad.

En 1915 se vino a Jaén por mejorar y ampliar su campo de acción. Y también, porque en Torredelcampo era «Eduardito» o a lo sumo «Don Eduardito», que «Don Eduardo» fue siempre su padre.

Se domicilió en Jaén en la Plaza de las Cruces, luego un poco tiempo en la calle Aldana y finalmente vivió y trabajó en la calle Almendros Aguilar en una casa (que de pequeño me parecía enorme) en la que había estado la Escuela de Magisterio y que muchísimos años antes había sido morada del Obispo Alonso Suárez de la Fuente del Sauce.

Fue aquí donde instaló definitivamente su consultorio de Medicina Interna (él antepuso la especialidad de Internista a cualquiera otra) con una gran sala de Laboratorio de Análisis Clínicos, pues había previsto tal contingencia en el desarrollo de su trabajo médico.

En el laboratorio practicó y desarrolló numerosas técnicas que abarcaron una amplia gama, desde las más simples hasta llegar a hacer incluso investigaciones de Proteína C Reactiva, Electroforesis, etc., con los procedimientos más avanzados en los años 50.

Dentro de su intensa dedicación a la Medicina Interna, fue de los primeros que utilizaron la Electrocardiografía (aquellos baños de pies y manos en los que se introducían los electrodos...), llegando en sus últimos años de práctica a emplear aparatos electrónicos modernos. Asimismo instaló un aparato de Rayos X para Radioscopia que le era indispensable para completar sus exploraciones clínicas. Incluso tuvo un aparato de Rayos X portátil necesario en sus frecuentes consultas en toda la extensión de la provincia.

Su prestigio entre los compañeros era tal, que rara era la semana que no tenía una consulta en el domicilio del paciente con su médico de cabecera.

En las varias biografías se destaca principalmente su conocimiento y experiencia de la Medicina plasmados en numerosos artículos en prensa médica, fruto de su inquietud investigadora, así

como participaciones en congresos y jornadas médicas.

Su formación y conocimientos, a la par que su inteligencia fuera de lo común dieron lugar a infinidad de diagnósticos resueltos con su gran dominio terapéutico.

Quizá uno de sus más difíciles diagnósticos lo efectuó en sí mismo:

Notando molestias torácicas se auto-exploró en Radioscopia colocando un espejo frente a la pantalla, pudiendo observar una masa pulmonar redonda y nítida que le afirmó en la sospecha clínica de un quiste hidatídico y que fue plenamente confirmada por radiografías que le hizo mi padre. Fue intervenido quirúrgicamente en dos ocasiones por los doctores Mesa Moles y Pulgar.

Era una auténtica institución médica en Jaén. Por su consulta pasaron miles de pacientes de todas clases sociales. Un día en semana tenía consulta dedicada en exclusiva a los no pudientes. Podía haber sido una gran figura de hospital, pero su fobia hospitalaria lo impidió.

El Ayuntamiento de Jaén, en el final de los años sesenta, al reformar la plaza de las Cruces en la que vivió mi tío, trazó una hermosa calle a la que le puso el nombre de «Doctor Eduardo Arroyo» en recuerdo suyo. De verdad que lo merecía.

Podría seguir página tras página hablando del Médico, pero tengo que dar paso a otros muchos aspectos de su personalidad.

Sus aficiones y aptitudes extra-médicas fueron numerosas y en todas destacó.

Quizá la primera fue la música. Su padre, muy buen guitarrista, se la inculcó. Tocó el violín de modo magnífico durante muchos años. Mas a consecuencia de las intervenciones torácicas mencionadas, tuvo que abandonarlo. No se conformó y se dedicó a la cítara, instrumento que no le exigía tanto esfuerzo físico. Sus hijos, casi todos, fueron muy buenos músicos: piano, mandolina, concertina, guitarra...

No solamente fue instrumentista. Su afición le llevó a ser un experto musicólogo; prueba de ello la grande y selecta colección de discos de gramófono de música clásica que poseía (discoteca «in sensu estricto» y no en su moderna

acepción de «sala de ruidos y luces»). Amigos que compartían su afición, disfrutaban de audiciones que les preparaba en una reunión semanal.

No llegó a conocer los actuales medios de audio, pero sí tuvo un magnetófono de cinta con el que grababa música de la radio, y en sus últimos tiempos de la televisión. Naturalmente así como su magnetófono fue el primero en Jaén, también fue suyo uno de los primeros televisores. Recuerdo un partido de fútbol transmitido divisándose apenas en la pantalla los jugadores; por supuesto el balón, no.

Y la fotografía... en la que era un verdadero artista. Se inició en ella usando aún placas de cristal con las que obtuvo luego fotografías estereoscópicas. Y al final no olvidó una cámara «View Master», también estéreo con la que había conseguido la fotografía del impacto de un rayo sobre el Castillo de Jaén, tomada desde «la ventana» de su casa en el monte de «El Neveral».

He entrecorrido y destacado «la ventana» y merece la pena hablar de ella.

Poco después de la guerra civil española construyó una casa de campo con dos pabellones en el referido paraje de «El Neveral» muy próxima al Sanatorio de Enfermedades del Tórax de igual nombre. La denominó «Buenos Aires». Antes de construir uno de los pabellones, situó el marco de una ventana en la altura y posición propicia para obtener una maravillosa visión frontal del Castillo de Jaén. A continuación se edificó dicho pabellón «alrededor» de «la ventana». Era de verdad impresionante entrar en la sala principal y encontrar a la derecha la vista del Castillo.

Y... bueno, no me resisto a contar «lo del grifo». En ese salón había unas hornacinas en la pared. En una de ellas colgaba de su techo con una guita un grifo aislado, no conectado a ninguna tubería, que... echaba agua. No le gustaba explicar el truco. Se lo averigüé y no le hizo gracia.

Sus conocimientos e investigaciones de Arqueología fueron notables.

Ya consta en las biografías el descubrimiento y estudio de una necrópolis ibera en las proxi-

midades de Torredelcampo, escenario de sus correrías juveniles, así como los restos de una muralla ciclópea próxima. Ambos descubrimientos formaron parte del tema desarrollado en su discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Giennenses.

Poseía un amplio conocimiento del Arte en general y de la Historia del Arte. Aunque su posición económica no le dio para una pinacoteca. Una muy interesante anécdota que revela su cultura artística y su firme personalidad fue la que tuvo lugar en un pueblo de la provincia al que acudió a celebrar una consulta con el médico de cabecera de un paciente de escasa posibilidad económica, de lo que ya había sido advertido mi tío por dicho compañero. Celebrada la consulta, el Dr. Arroyo no quiso cobrar ninguna cantidad. La agradecida familia del enfermo le regaló un viejo cuadro que había en el desván de la casa. Se quedó admirado al verlo e inmediatamente se figuró que era de El Greco. No hizo comentario de su pensamiento. Dijo que no aceptaba el «regalo» pero se lo llevó. Estudiada la pintura por técnicos que confirmaron plenamente la sospecha, a continuación volvió al pueblo en referencia con el cuadro —«Tienen Vdes. una pintura de El Greco. Es de un valor incalculable y no puedo aceptarla de ninguna de las maneras». Naturalmente la familia estuvo conforme con la devolución.

Otra de sus «excentricidades» era el conocer a fondo el malogrado idioma Esperanto, con el que se carteaba con numerosos amigos europeos.

Dominaba la Taquigrafía, con cuyo sistema escribía frecuentemente sus historias clínicas. Con dicho proceder anotó sus numerosísimas anécdotas, gran parte de ellas publicadas. En cualquier profesión —sobre todo la médica— hay anécdotas. Pero es que él las apuntaba todas. «¡Don Eduardo! Desde que mi hijo ha salido de su despacho anda a saltos... —Naturalmente: si le ha metido Vd. las dos piernas por el mismo pernil del pantalón...».

Y tantas cosas más que se desvanecen en el recuerdo.

Pero no puedo olvidar lo sumamente agrada-

ble que era hablar con él. Era un gran conversador. Como médico, sabía lo importante que es el escuchar al interlocutor, estableciendo desde el principio un nexo de comprensión y afinidad.

No puedo dejar de destacar finalmente su profunda religiosidad tanto interior como en el sentido de su formación, que siempre guió sus hechos profesionales, culturales y sobre todo familiares, proyectando hacia su mujer, sus hijos y sus muchos descendientes y allegados, una humanidad y espiritualidad difícil de superar

y, por supuesto de describir con suficiente realidad. Dejó una estela y un recuerdo imperecedero.

Y desde luego el recuerdo de una figura médica de Jaén, que desde el primer tercio del siglo fue el iniciador de la Medicina Interna y uno de los pioneros que introdujeron a la Medicina Provincial en la modernidad. ◀

G. Arroyo Guerrero

Bibliografía

1. CABALLERO, M.: *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*. Tomo I, 150-152.
2. OYA, V.: «Una vida en 6 capítulos». *Diario Jaén*, 27 de octubre-1 de noviembre 1981.